

El grillo y la moneda

Un sabio de la India tenía un amigo íntimo que vivía en Milán. Se habían conocido en la India, donde el italiano había ido con su familia en un viaje turístico. El indio había hecho de guía para el italiano, llevándoles a explorar los rincones más característicos de su tierra natal.

Agradecido, el amigo milanés había invitado al indio a su casa. Quería devolverle el favor y presentarle su ciudad. El indio era muy reacio a marcharse, pero luego cedió a la insistencia de su amigo italiano y un buen día desembarcó de un avión en Malpensa.

Al día siguiente, el milanés y el indio paseaban por el centro de la ciudad. El indio, con su cara color chocolate, su barba negra y su turbante amarillo atraía las miradas de los transeúntes, y el milanés paseaba orgulloso de tener un amigo tan exótico.

De repente, en la plaza de San Babila, el indio se detuvo y dijo: “¿Oyes lo que yo oigo?” El milanés, un poco desconcertado, aguzó el oído todo lo que pudo, pero admitió que no oía más que el gran ruido del tráfico de la ciudad.

“Hay un grillo cantando cerca”, continuó el indio, confiado. “Te equivocas, replicó el milanés. “Sólo oigo el ruido de la ciudad. Además, imagínate si hay grillos por aquí”.

“No me equivoco. Oigo el canto de un grillo”, replicó el indio y se puso a buscar resueltamente entre las hojas de unos arbolitos encogidos. Al cabo de un rato señaló a su amigo, que le observaba con escepticismo, un pequeño insecto, un espléndido grillo cantor, que se encogía refunfuñando ante los perturbadores de su concierto.

“¿Has visto que había un grillo?”, dijo el indio.

“Es verdad”, admitió el milanés. “Los indios tienen el oído mucho más agudo que nosotros, los blancos...”.

“Esta vez se equivoca”, sonrió el sabio indio. “Pon atención...”. El indio sacó una moneda de su bolsillo y, fingiendo no darse cuenta, la dejó caer sobre la acera.

Inmediatamente, cuatro o cinco personas se volvieron para mirar.

“¿Han visto eso?”, explicó el indio. “Esta moneda hizo un tintineo más fino y débil que el trino del grillo. Sin embargo, ¿se ha dado cuenta de cuántos blancos lo han oído?”

“Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón”.

Educar las facultades de nuestro espíritu con San Francisco de Sales

San Francisco de Sales presenta el espíritu como la parte más elevada del alma, gobernada por el intelecto, la memoria y la voluntad. El corazón de su pedagogía es la autoridad de la razón, “divina antorcha” que hace al hombre verdaderamente humano y debe guiar, iluminar y disciplinar las pasiones, la imaginación y los sentidos. Educar el espíritu significa, por tanto, cultivar el intelecto mediante el estudio, la meditación y la contemplación, ejercitar la memoria como depósito de las gracias recibidas, y fortalecer la voluntad para que elija constantemente el bien. De esta armonía brotan las virtudes cardinales – prudencia, justicia, fortaleza y templanza – que forman personas libres, equilibradas y capaces de auténtica caridad.

Francisco de Sales considera el espíritu como la parte superior del alma. Sus facultades son el intelecto, la memoria y la voluntad. La imaginación podría formar parte de él en la medida en que la razón y la voluntad intervienen en su funcionamiento. La voluntad, por su parte, es la facultad maestra a la que conviene reservar un tratamiento particular.

El espíritu hace que el hombre se convierta, según la definición clásica, en un «animal racional». «Somos hombres solo mediante la razón», escribe Francisco de Sales. Después de «las gracias corporales», están «los dones del espíritu», que deberían ser objeto de nuestras reflexiones y de nuestro reconocimiento. Entre ellos, el autor de la *Filotea* distingue los dones recibidos de la naturaleza y los adquiridos con la educación:

Considerad los dones del espíritu: cuánta gente hay en el mundo idiota, loca furiosa, mentecata. ¿Por qué no os encontráis entre ellos? Dios os ha favorecido. Cuántos han sido educados de forma tosca y en la más extrema ignorancia: pero a vosotros, la Providencia divina os ha hecho criar de un modo civil y honrado.

La razón, “divina antorcha”

En un Ejercicio del sueño o reposo espiritual, compuesto en Padua cuando tenía veintitrés años, Francisco se proponía meditar un argumento que asombra:

Me detendré a admirar la belleza de la razón que Dios ha donado al hombre, para que, iluminado e instruido por su maravilloso esplendor, odiase el vicio y amase la virtud. ¡Oh! Sigamos la esplendente luz de esta divina antorcha, porque nos es donada en uso para ver dónde debemos poner los pies. ¡Ah! Si nos dejamos conducir por sus dictados, raramente tropezaremos, difícilmente nos haremos daño.

«La razón natural es un buen árbol que Dios ha plantado en nosotros, los frutos que provienen de él solo pueden ser buenos», afirma el autor del *Teótimo*; es verdad que está «gravemente herida y casi muerta a causa del pecado», pero su ejercicio no está fundamentalmente impedido.

En el reino interior del hombre, «la razón debe ser la reina, a la que todas las facultades de nuestro espíritu, todos nuestros sentidos y el mismo cuerpo deben permanecer absolutamente sometidos». Es la razón la que

distingue al hombre del animal, por lo que hay que guardarse bien de imitar «los ,macacos y los monos que siempre están malhumorados, tristes y quejumbrosos cuando falta la luna; luego, al contrario, con la luna nueva, saltan, danzan y hacen todas las muecas posibles». Es necesario hacer reinar «la autoridad de la razón», reitera Francisco de Sales.

Entre la parte superior del espíritu, que debe reinar, y la parte inferior de nuestro ser, designada a veces por Francisco de Sales con el término bíblico de «carne», la lucha a veces se vuelve áspera. Cada frente tiene sus aliados. El espíritu, «fortaleza del alma», está acompañado «por tres soldados: el intelecto, la memoria y la voluntad». Atentos, pues, a la «carne» que conspira y busca aliados en el lugar:

La carne usa ahora el intelecto, ahora la voluntad, ahora la imaginación, las cuales, asociándose contra la razón, le dejan el campo libre, creando división y haciendo un mal servicio a la razón. [...] La carne atrae a la voluntad a veces con los placeres, a veces con las riquezas; ahora solicita a la imaginación a inventar pretensiones, ahora suscita en el intelecto una gran curiosidad, todo con el pretexto del bien.

En esta lucha, incluso cuando todas las pasiones del alma parecen trastornadas, nada está perdido mientras el espíritu resista: «Si estos soldados fueran fieles, el espíritu no tendría ningún temor y no daría ninguna importancia a sus propios enemigos: como soldados que, disponiendo de suficientes municiones, resisten en el bastión de una fortaleza inexpugnable, a pesar de que los enemigos se encuentren en los suburbios o incluso hayan tomado ya la ciudad; le sucedió a la ciudadela de Niza, ante la cual la fuerza de tres grandes príncipes no pudo vencer la resistencia de los defensores». La causa de todas estas laceraciones interiores es el amor propio. En efecto, «nuestros razonamientos ordinariamente están llenos de motivaciones, opiniones y consideraciones sugeridas por el amor propio, y

esto causa grandes conflictos en el alma».

En el ámbito educativo, es importante hacer sentir la superioridad del espíritu. «Aquí está el principio de una educación humana –dice el padre Lajeunie–: mostrar al niño, apenas su razón se despierta, lo que es bello y bueno, y apartarlo de lo que es malo; crear de este modo en su corazón el hábito de controlar sus reflejos instintivos, en lugar de seguirlos servilmente; es así, de hecho, como se forma este proceso de sexualización que lo hace esclavo de sus deseos espontáneos. En el momento de elecciones decisivas, tal hábito de ceder siempre, sin controlarse, a las pulsiones instintivas puede revelarse catastrófico».

El intelecto, “ojo del alma”

El intelecto, facultad típicamente humana y racional, la cual permite conocer y comprender, a menudo se compara con la vista. Se afirma, por ejemplo: «Yo veo», para decir: «Yo comprendo». Para Francisco de Sales, el intelecto es “el ojo del alma”; de ahí su expresión «el ojo de vuestro intelecto». La increíble actividad de la que es capaz lo hace similar a «un obrero, el cual, con los cientos de miles de ojos y de manos, como otro Argos, realiza más obras que todos los trabajadores del mundo, porque no hay nada en el mundo que no sea capaz de representar».

¿Cómo funciona el intelecto humano? Francisco de Sales ha analizado con precisión las cuatro operaciones de las que es capaz: el simple pensamiento, el estudio, la meditación y la contemplación. El simple pensamiento se ejerce sobre una gran diversidad de cosas, sin ningún fin, «como hacen las moscas que se posan sobre las flores sin querer extraer ningún jugo, sino solo porque las encuentran». Cuando el intelecto pasa de un pensamiento a otro, los pensamientos que así lo atiborran son ordinariamente «inútiles y dañinos». El estudio, al contrario, mira a considerar las cosas «para conocerlas, para comprenderlas y para hablar bien de ellas, con el fin de «llenar la memoria», como hacen los abejorros que «se posan

sobre las rosas para ningún otro fin que para saciarse y llenarse el vientre».

Francisco de Sales podía detenerse aquí, pero conocía y recomendaba otras dos formas más elevadas. Mientras que el estudio mira a aumentar los conocimientos, la meditación tiene como fin el de «mover los afectos y, en particular, el amor»: «Fijemos nuestro intelecto en el misterio del cual esperamos poder extraer buenos afectos», como la paloma que “arrulla reteniendo el aliento y, mediante el murmullo que produce en la garganta sin dejar salir el aliento, produce su típico canto”.

La actividad suprema del intelecto es la contemplación, la cual consiste en gozar del bien conocido a través de la meditación y amado mediante tal conocimiento; esta vez nos parecemos a los pajaritos que se entretienen en la jaula solo para “dar placer al maestro”. Con la contemplación el espíritu humano llega a su vértice; el autor del Teótimo afirma que la razón «vivifica finalmente el intelecto con la contemplación».

Volvamos al estudio, la actividad intelectual que nos interesa más de cerca. “Hay un viejo axioma de los filósofos, según el cual todo hombre desea conocer”. Retomando por su parte esta afirmación de Aristóteles, así como el ejemplo de Platón, Francisco de Sales pretende demostrar que esto constituye un gran privilegio. Lo que el hombre quiere conocer es la verdad. La verdad es más bella que aquella «famosa Elena, por cuya belleza murieron tantos griegos y troyanos». El espíritu está hecho para la búsqueda de la verdad: «La verdad es el objeto de nuestro intelecto, el cual, en consecuencia, descubriendo y conociendo la verdad de las cosas, se siente plenamente satisfecho y contento». Cuando el espíritu encuentra algo nuevo, experimenta una alegría intensa, y cuando se empieza a encontrar algo bello, se es impulsado a continuar la búsqueda, «como aquellos que han encontrado una mina de oro y se adentran siempre más para encontrar aún más de este precioso metal». El asombro que produce el descubrimiento es un potente estímulo; «la

admiración, de hecho, ha dado origen a la filosofía y a la atenta búsqueda de las cosas naturales». Siendo Dios la verdad suprema, el conocimiento de Dios es la ciencia suprema que llena nuestro espíritu. Es él quien nos «ha donado el intelecto para conocerlo»; fuera de él solo hay «pensamientos vanos y reflexiones inútiles».

Cultivar la propia inteligencia

Lo que caracteriza al hombre es el gran deseo de conocer. Fue este deseo «el que indujo al gran Platón a salir de Atenas y correr tanto», y «el que indujo a estos antiguos filósofos a renunciar a sus comodidades corporales». Algunos incluso llegan a ayunar diligentemente «para poder estudiar mejor». El estudio, de hecho, produce un placer intelectual, superior a los placeres sensuales y difícil de detener: «El amor intelectual, al encontrar en la unión con su objeto una satisfacción inesperada, perfecciona el conocimiento, continuando así a unirse a él, y uniéndose cada vez más, no deja de seguir haciéndolo».

Se trata de «iluminar bien el intelecto», esforzándose por «purgarlo» de las tinieblas de la «ignorancia». Él denuncia «la torpeza y la indolencia de espíritu, que no quiere saber lo que es necesario» e insiste en el valor del estudio y del aprendizaje: «Estudiad siempre más, con diligencia y humildad», escribía a un estudiante. Pero no basta con «purgar» el intelecto de la ignorancia, es necesario además «embellecerlo y adornarlo», «tapizarlo de consideraciones». Para conocer perfectamente una cosa, es necesario aprender bien, dedicar tiempo a «someter» el intelecto, es decir, a fijarlo en una cosa, antes de pasar a otra.

El joven Francisco de Sales aplicaba su inteligencia no solo a los estudios y a conocimientos intelectuales, sino también a ciertos temas esenciales para la vida del hombre en la tierra, y, en particular, a la «consideración de la vanidad de la grandeza, de las riquezas, de los honores, de las comodidades y de los placeres

voluptuosos de este mundo»; a la «consideración de la infamia, abyección y deplorable miseria, presentes en el vicio y en el pecado», y al «conocimiento de la excelencia de la virtud».

El espíritu humano a menudo se distrae, olvida, se contenta con un conocimiento vago o vano. Mediante la meditación, no solo de las verdades eternas, sino también de los fenómenos y de los acontecimientos del mundo, es capaz de alcanzar una visión más realista y profunda de la realidad. Por este motivo, en las Meditaciones propuestas por el autor a Filotea, hay una primera parte dedicada titulada Consideraciones.

Considerar significa aplicar el espíritu a un objeto preciso, examinar con atención sus diversos aspectos. Francisco de Sales invita a Filotea a «pensar», a «ver», a examinar los diferentes «puntos», algunos de los cuales merecen ser considerados «aparte». Exhorta a ver las cosas en general y a descender luego a los casos particulares. Quiere que se examinen los principios, las causas y las consecuencias de una determinada verdad, de una determinada situación, así como las circunstancias que la acompañan. Es necesario también saber «sopesar» ciertas palabras o sentencias, cuya importancia corre el riesgo de escapársenos, considerarlas una a una, confrontarlas una con otra.

Como en todo, así en el deseo de conocer puede haber excesos y deformaciones. Atentos a la vanidad de falsos sabios: algunos, de hecho, «por el poco de ciencia que tienen, quieren ser honrados y respetados por todos, como si cada uno debiera ir a su escuela y tenerlos por maestros: por eso se les llama pedantes». Ahora bien, «la ciencia nos deshonra cuando nos infla y degenera en pedantería». ¡Qué ridiculez querer instruir a Minerva, *Minervam docere*, la diosa de la sabiduría! «La peste de la ciencia es la presunción, que infla los espíritus y los vuelve hidrónicos, como son ordinariamente los sabios del mundo».

Cuando se trata de problemas que nos superan y que entran en el ámbito de los misterios de la fe, es necesario «purificarlos de toda curiosidad», es necesario «mantenerlos

bien cerrados y cubiertos frente a tales vanas y necias cuestiones y curiosidades». Es la «pureza intelectual», la «segunda modestia» o la «modestia interior». Finalmente, se debe saber que el intelecto puede equivocarse y que existe el «pecado del intelecto», como el que Francisco de Sales reprocha a la señora de Chantal, la cual había cometido un error al depositar una exagerada estima en su director.

La memoria y sus «almacenes»

Como el intelecto, así la memoria es una facultad del espíritu que suscita admiración. Francisco de Sales la compara con un almacén «que vale más que los de Amberes o de Venecia». ¿No se dice acaso «almacenar» en la memoria? La memoria es un soldado cuya fidelidad nos es muy útil. Es un don de Dios, declara el autor de la Introducción a la vida devota: Dios os la ha donado «para que os acordéis de él», dice a Filotea, invitándola a huir de «los recuerdos detestables y frívolos».

Esta facultad del espíritu humano necesita ser entrenada. Cuando era estudiante en Padua, el joven Francisco ejercitaba su memoria no solo en los estudios, sino también en la vida espiritual, en la cual la memoria de los beneficios recibidos es un elemento fundamental:

Antes que nada, me dedicaré a refrescar mi memoria con todos los buenos impulsos, deseos, afectos, propósitos, proyectos, sentimientos y dulzuras que en el pasado la divina Majestad me ha inspirado y hecho experimentar, considerando sus santos misterios, la belleza de la virtud, la nobleza de su servicio y una infinidad de beneficios que me ha libremente otorgado; pondré también orden en mis recuerdos acerca de las obligaciones que tengo hacia ella por el hecho de que, por su santa gracia, a veces ha debilitado mis sentidos enviándome ciertas dolencias y enfermedades, de las cuales he sacado gran provecho.

En las dificultades y en los miedos es indispensable servirse de ella «para acordarse de las

promesas» y para «permanecer firmes confiando en que todo perecerá antes que las promesas fallen». Sin embargo, la memoria del pasado no es siempre buena, porque puede generar tristeza, como le ocurrió a un discípulo de san Bernardo, que fue asaltado por una mala tentación cuando comenzó «a recordar a los amigos del mundo, a los parientes, a los bienes que había dejado». En ciertas circunstancias excepcionales de la vida espiritual «es necesario purificarla del recuerdo de cosas caducas y de asuntos mundanos y olvidar por un cierto tiempo las cosas materiales y temporales, aunque buenas y útiles». En el campo moral, para ejercitar la virtud, la persona que se ha sentido ofendida tomará una medida radical: «Me acuerdo demasiado de las flechas e injurias, de ahora en adelante perderé la memoria».

«Debemos tener un espíritu justo y razonable»

Las capacidades del espíritu humano, en particular del intelecto y de la memoria, no están destinadas solo a gloriosas empresas intelectuales, sino también y sobre todo a la conducta de la vida. Tratar de conocer al hombre, de comprender la vida y definir las normas referentes a los comportamientos conformes a la razón, estos deberían ser los cometidos fundamentales del espíritu humano y de su educación. La parte central de la Filotea, que trata del «ejercicio de las virtudes», contiene, hacia el final, un capítulo que resume en cierto modo la enseñanza de Francisco de Sales sobre las virtudes: «Debemos tener un espíritu justo y razonable».

Con fineza y una pizca de humor, el autor denuncia numerosas conductas extrañas, locas o simplemente injustas: «Acusamos al prójimo por poco, y nos excusamos a nosotros mismos por mucho más»; «queremos vender con un precio alto y comprar a buen mercado»; «lo que hacemos por los otros nos parece siempre mucho, y lo que hacen los otros por nosotros es nada»; «tenemos un corazón dulce, gracioso y cortés hacia nosotros, y un corazón duro, severo y riguroso hacia el prójimo»; «tenemos dos pesos: uno para pesar nuestras comodidades con la mayor ventaja posible para nosotros, el

otro para pesar las del prójimo con la mayor desventaja que se puede». Para juzgar bien, aconseja a Filotea, es necesario siempre ponerse en el lugar del prójimo: «Haceos vendedora al comprar y compradora al vender». No se pierde nada al vivir como personas «generosas, nobles, corteses, con un corazón real, constante y razonable».

La razón está en la base del edificio de la educación. Ciertos padres no tienen una actitud mental justa; de hecho, «hay chicos virtuosos que padres y madres no consiguen casi soportar porque tienen este o aquel defecto en el cuerpo; hay en cambio viciosos continuamente mimados, porque tienen esta o aquella bella dote física». Hay educadores y responsables que se dejan llevar por preferencias. «Mantened la balanza bien derecha entre vuestras hijas», recomendaba a una superiora de las visitandinas, para que «los dones naturales no os hagan distribuir injustamente los afectos y los favores». Y añadía: «La belleza, la buena gracia y la palabra amable confieren a menudo una gran fuerza de atracción a las personas que viven según sus inclinaciones naturales; la caridad tiene como objeto la verdadera virtud y la belleza del corazón, y se extiende a todos sin particularismos».

Pero es sobre todo la juventud la que corre los riesgos mayores, porque si «el amor propio nos aleja habitualmente de la razón», esto ocurre quizás aún más en los jóvenes tentados por la vanidad y por la ambición. La razón de un joven corre el riesgo de perderse sobre todo cuando se deja «llevar por enamoramientos». Atención, pues, escribe el obispo a un joven, «a no permitir que vuestros afectos prevengan el juicio y la razón en la elección de los sujetos a amar; puesto que, una vez que se ha puesto en marcha, el afecto arrastra al juicio, como se arrastraría a un esclavo, a elecciones muy deplorables, de las que podría arrepentirse muy pronto». Explicaba también a las visitandinas que «nuestros pensamientos están habitualmente llenos de razones, opiniones y consideraciones sugeridas por el amor propio, que causa grandes conflictos en el alma».

La razón, fuente de las cuatro virtudes cardinales

La razón se asemeja al río del paraíso, «que Dios hace correr para irrigar todo el hombre en todas sus facultades y actividades»; este se divide en cuatro brazos correspondientes a las cuatro virtudes que la tradición filosófica llama virtudes cardinales: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza.

La prudencia «inclina nuestro intelecto a discernir verdaderamente el mal a evitar y el bien a cumplir». Esta consiste en «discernir cuáles son los medios más apropiados para alcanzar el bien y la virtud». ¡Atención a las pasiones que corren el riesgo de deformar nuestro juicio y de provocar la ruina de la prudencia! La prudencia no se opone a la simplicidad: seremos, conjuntamente, «prudentes como serpientes para no ser engañados; simples como palomas para no engañar a nadie».

La justicia consiste en «rendir a Dios, al prójimo y a sí mismos lo que se debe». Francisco de Sales comienza con la justicia hacia Dios, conectada con la virtud de la religión, «mediante la cual rendimos a Dios el respeto, el honor, el homenaje y la sumisión a él debidos como nuestro soberano Señor y primer principio». La justicia hacia los padres comporta el deber de la piedad, la cual «se extiende a todos los oficios que se pueden legítimamente rendirles, sea en honor, sea en servicio».

La virtud de la fortaleza ayuda a «superar las dificultades que se encuentran al cumplir el bien y al rechazar el mal». Es muy necesaria, porque el apetito sensitivo es «verdaderamente un sujeto rebelde, sedicioso, turbulento». Cuando la razón domina las pasiones, la ira deja el puesto a la dulzura, gran aliada de la razón. La fortaleza es acompañada a menudo por la magnanimidad, «una virtud que nos empuja e inclina a cumplir acciones de gran relieve».

Finalmente, la templanza es indispensable «para reprimir las inclinaciones desordenadas de la sensualidad», para «gobernar el apetito de la avidez» y «frenar las pasiones

conectadas». En efecto, si el alma se apasiona demasiado a un placer y a una alegría sensible, se degrada volviéndose incapaz de alegrías más elevadas.

En conclusión, las cuatro virtudes cardinales son como las manifestaciones de esta luz natural que nos proporciona la razón. Practicando estas virtudes, la razón ejerce «su superioridad y la autoridad que tiene de regular los apetitos sensuales».

Educar nuestras emociones con san Francisco de Sales

La psicología moderna ha demostrado la importancia y la influencia de las emociones en la vida de la psique humana y cada uno sabe que las emociones son particularmente fuertes durante la juventud. Pero ya casi no se habla de las «pasiones del alma», que la antropología clásica ha analizado minuciosamente, como testimonia la obra de Francisco de Sales, y, en particular, cuando escribe que «el alma, en cuanto tal, es la fuente de las pasiones». En su vocabulario el término «emoción» aún no aparece con las connotaciones que le atribuimos. Dirá, en cambio, que nuestras «pasiones» en ciertas circunstancias son «movidas». En el ámbito educativo, la cuestión que se plantea se refiere a la actitud que conviene tener frente a estas manifestaciones involuntarias de nuestra sensibilidad, que siempre tienen un componente fisiológico.

«Yo soy un pobre hombre y nada más»

Todos los que han conocido a Francisco de Sales han notado su gran sensibilidad y emotividad. Se le subía la sangre a la cabeza y el rostro se ponía todo rojo. Conocemos

sus ataques de ira contra los «herejes» y la cortesana de Padua. Como todo buen Saboyano, era «habitualmente calmo y dulce, pero capaz de terribles ataques de ira; un volcán bajo la nieve». Su sensibilidad era muy viva. Con motivo de la muerte de su hermana pequeña Jeanne, escribía a Juana de Chantal, también consternada:

¡Ay de mí, Hija mía!: yo soy un pobre hombre y nada más. Mi corazón se ha enternecido más de lo que jamás habría imaginado; pero la verdad es que ha contribuido mucho el disgusto vuestro y de mi madre: he tenido miedo por vuestro corazón y por el de mi madre.

A la muerte de su madre, no ocultó que esa separación le había hecho derramar lágrimas; tuvo ciertamente el coraje de cerrarle los ojos y la boca y de darle un último beso, pero después de eso, confiaba a Juana de Chantal, «el corazón se me hinchó grandemente, y lloré por esta buena madre más de lo que jamás había hecho desde el día en que abracé el sacerdocio». Él, en efecto, no frenaba sistemáticamente las manifestaciones exteriores de sus sentimientos, su humanismo las aceptaba tranquilamente. Un precioso testimonio de Juana de Chantal nos informa que «nuestro santo no estaba exento de sentimientos y de mociones de las pasiones, y no quería ser liberado de ellos».

Se sabe bien que las pasiones del alma influyen en el cuerpo, provocando reacciones exteriores a sus movimientos interiores: «Nosotros exteriorizamos y manifestamos nuestras pasiones y los movimientos que nuestras almas tienen en común con los animales por medio de los ojos, con movimientos de las cejas, de la frente y de todo el rostro». Así, no está en nuestro poder no sentir miedo en determinadas circunstancias: «Es como si uno dijera a una persona que se ve venir contra un león o un oso: No tengas miedo». Ahora, «cuando se siente temor se pone uno pálido, y cuando somos reprendidos por una cosa que nos contraría, se nos sube la sangre al rostro y nos ponemos rojos, o bien la contrariedad puede también hacer

brotar lágrimas de nuestros ojos». Los niños, «si ven un perro que ladra, inmediatamente se ponen a gritar y no se detienen hasta que están cerca de la mamá».

Cuando la señora de Chantal encuentre al asesino de su marido, ¿cómo reaccionará su «corazón»? «Sé que, sin duda, vuestro corazón se sobresaltará y se sentirá conmocionado, y vuestra sangre hervirá», prevé su director espiritual, añadiendo esta lección de sabiduría: «Dios nos hace tocar con la mano, en estas emociones, cuán cierto es que estamos hechos de carne, de huesos y de espíritu».

Las doce pasiones del alma

En la antigüedad, Virgilio, Cicerón y Boecio reducían a cuatro las pasiones del alma, mientras que san Agustín conocía una sola pasión dominante, el amor, articulado a su vez en cuatro pasiones secundarias: «El amor que tiende a poseer lo que ama, se llama ansia o *deseo*; cuando lo consigue y lo posee, se llama alegría; cuando huye de lo que le es contrario, se llama *temor*; si le sucede perderlo y siente el peso, se llama *tristeza*».

En la *Filotea*, Francisco de Sales señala siete, comparándolas con las cuerdas que el lutier debe de vez en cuando afinar: *el amor, el odio, el deseo, el temor, la esperanza, la tristeza y la alegría*.

En el *Teótimo*, en cambio, enumera hasta doce. Asombra que «esta multitud de pasiones [...] sea dejada en nuestras almas». Las primeras cinco tienen por objeto el bien, o sea, todo aquello que nuestra sensibilidad nos hace espontáneamente buscar y apreciar como bueno para nosotros (pensemos en los bienes fundamentales de la vida, de la salud y de la alegría):

Si el bien es considerado en sí mismo, según su bondad natural, genera el amor, primera y principal pasión; si el bien es considerado en cuanto faltante, provoca el deseo; si, deseándolo, se piensa que se puede conseguir, se tiene la esperanza; si se teme no poderlo obtener, se entra en la

desesperación; y cuando, de hecho, se lo posee, se tiene la **alegría**.

Las otras siete pasiones son aquellas que nos hacen espontáneamente reaccionar negativamente frente a todo aquello que nos aparece como mal a evitar y a combatir (pensemos en la enfermedad, en el sufrimiento y en la muerte):

Apenas conocemos el mal, lo **odiamos**; si está ausente, lo **huimos**; si pensamos que no podemos evitarlo, lo **tememos**; si creemos que podemos evitarlo, nos animamos y nos armamos de **coraje**; pero si lo sentimos presente, nos entristecemos, y entonces la **ira** y el disgusto intervienen repentinamente para rechazarlo y alejarlo o al menos vengarse de él; y, si eso no es factible, permanecemos en la **tristeza**; pero, si logramos rechazarlo o vengarnos, sentimos satisfacción y un sentido de paz, que es placer del **triunfo**, porque así como la posesión del bien alegra el corazón, la victoria sobre el mal satisface el coraje.

Como se ve, a las once pasiones del alma propuestas por santo Tomás, Francisco de Sales añade la victoria sobre el mal, que «satisface el coraje» y provoca la alegría del triunfo.

El amor, primera y principal pasión

Como era fácil prever, el *amor* es presentado como la «primera y principal pasión»: «El amor viene en primer lugar, entre las pasiones del alma: es el rey de todas las mociones del corazón, transforma en sí todo el resto y nos hace ser lo que él ama». «El amor es la primera pasión del alma», repite.

Él se manifiesta de mil maneras y su lenguaje es muy diversificado; de hecho, «no se expresa solamente con palabras, sino también con los ojos, con los gestos y con las acciones. Por lo que se refiere a los ojos, las lágrimas que brotan de ellos son pruebas de amor». Existen también los «suspiros de amor». Pero tales manifestaciones del amor son

diferentes. La más habitual y superficial es la emoción o pasión, la cual pone en movimiento casi involuntariamente la sensibilidad.

¿Y el *odio*? Odiamos espontáneamente lo que nos aparece como un mal. Es necesario saber que, entre las personas, existen formas de odio y aversiones instintivas, irracionales, inconscientes, como las existentes entre el mulo y el caballo, entre la viña y los repollos. No somos para nada responsables, porque no dependen de nuestra voluntad.

El deseo y la fuga

El deseo es otra realidad fundamental de nuestra psique. La vida cotidiana provoca múltiples deseos, porque el deseo consiste en la «esperanza de un bien futuro». Los más comunes deseos naturales son aquellos que «se refieren a los bienes, a los placeres y a los honores».

Al contrario, nosotros huimos espontáneamente de los males de la vida. La voluntad humana de Cristo lo empujaba a *huir* de los dolores y de los sufrimientos de la pasión; de ahí el temblor, la angustia y el sudar sangre.

La esperanza y la desesperación

La *esperanza* concierne un bien que se piensa que se puede obtener. Filotea es invitada a examinar cómo se ha comportado en referencia a la «esperanza, quizás demasiado a menudo depositada en el mundo y en la criatura, y demasiado poco en Dios y en las cosas eternas».

En cuanto a la *desesperación*, mirad por ejemplo aquella de los «jóvenes aspirantes a la perfección»: «Apenas encuentran una dificultad en su camino, he aquí inmediatamente una sensación de decepción, que los empuja a hacer un montón de lamentos, tal que da la impresión de estar atribulados por grandes tormentos. El orgullo y la vanidad no pueden tolerar el mínimo defecto, sin sentirse inmediatamente fuertemente turbados hasta llegar a la desesperación».

La alegría y la tristeza

La *alegría* es «la satisfacción por el bien

obtenido». Así, «cuando encontramos a aquellos que amamos, no es posible no sentirse conmovidos por la alegría y el contento». La posesión de un bien produce infaliblemente una complacencia o alegría, como la ley de gravedad mueve la piedra: «Es el peso que sacude las cosas, las mueve y las detiene: es el peso que mueve la piedra y la arrastra en el descenso apenas se quitan los obstáculos; es el mismo peso que le hace continuar el movimiento hacia abajo; finalmente, es siempre el mismo peso que la hace detenerse y asentarse cuando ha llegado a su lugar».

La alegría llega a veces a la risa. «La risa es una pasión que irrumpe sin que lo queramos y no está en nuestro poder retenerlo, tanto más que reímos y somos movidos a reír por circunstancias imprevistas». ¿Nuestro Señor ha reído? El obispo de Ginebra piensa que Jesús sonreía cuando quería: «Nuestro Señor no podía reír, porque para él nada era imprevisto, dado que conocía todo antes de que sucediera; podía, ciertamente, sonreír, pero lo hacía voluntariamente».

Las jóvenes visitandinas, tomadas a veces por una incontenible risa cuando una compañera se golpeaba el pecho o una lectora cometía un error durante la lectura en la mesa, necesitaban una lección sobre este punto: «Los locos ríen de cualquier situación, porque todo los sorprende, no logrando prever nada; pero los sabios no ríen con tanta ligereza, porque emplean mayormente la reflexión, la cual hace que prevean las cosas que deben suceder». Dicho esto, no es un defecto reír de alguna imperfección, «siempre que no se vaya demasiado lejos».

La *tristeza* es «el dolor por un mal presente». Ella «turba el alma, provoca temores desmesurados, hace probar disgusto por la oración, debilita y adormece el cerebro, priva al alma de sabiduría, de resolución, de juicio y coraje y aniquila las fuerzas»; es «como un duro invierno que arruina toda la belleza de la tierra y vuelve indolentes a todos los animales; porque quita toda suavidad del alma y la vuelve como perezosa e impotente en toda su facultad».

Puede desembocar en ciertos casos en el llanto: un

padre, al acto de enviar a su hijo a la corte o a los estudios, no puede contenerse «de llorar despidiéndose de él»; y «una hija, aunque se haya casado según los deseos del padre y de la madre, los conmueve hasta las lágrimas al momento de recibir su bendición». Alejandro Magno lloró cuando se enteró de que había otras tierras que nunca podría conquistar: «Como un niño que gimotea por una manzana que se le niega, aquel Alejandro, que los historiadores llaman el Grande, más loco que un niño, se pone a llorar a lágrima viva, porque le parece imposible conquistar los otros mundos».

El coraje y el miedo

El temor se refiere a un «mal futuro». Algunos, queriendo ser valientes, andan por ahí durante la noche, pero «apenas oyen caer una piedra o el susurro de un ratón que huye, se ponen a gritar: ¡Dios mío! – ¿Qué pasa?, les preguntan, ¿qué habéis encontrado? – He oído un ruido. – Pero ¿qué? – No lo sé». Es necesario ser cautelosos, porque «el miedo es un mal mayor que el mal mismo».

En cuanto al *coraje*, antes de ser una virtud, es un sentimiento que nos sostiene ante dificultades que normalmente deberían abatimos. Francisco de Sales lo experimentó al emprender una larga y arriesgada visita a su diócesis de montaña:

Estoy a punto de montar a caballo para la visita pastoral, que durará unos cinco meses. [...] Parto lleno de coraje, y, desde esta mañana, he experimentado una gran alegría de poder empezar, aunque, antes, durante varios días, había experimentado vanos temores y tristezas.

La cólera y el sentimiento del triunfo

En cuanto a la *ira* o *cólera*, no podemos impedir que nos invada en ciertas circunstancias: «Si me vienen a decir que alguien ha hablado mal de mí, o que me causan otra contrariedad, inmediatamente estalla la cólera y no me queda ni una vena que no se retuerza, porque la sangre hierve».

Incluso en los monasterios de la Visitación no faltaban ocasiones para irritarse y enfadarse, y se sentían prepotentes los ataques del «apetito irascible». Nada extraño en ello: «Impedir que el resentimiento de la cólera se despierte en nosotros y que la sangre nos suba a la cabeza, nunca será posible; seremos afortunados si podemos tener esta perfección un cuarto de hora antes de morir». También puede suceder «que la ira trastorne y ponga patas arriba mi pobre corazón, que la cabeza me humee por todas partes, que la sangre hierva como una olla al fuego».

La satisfacción de la ira, por haber superado el mal, provoca la exaltante emoción del triunfo. El que triunfa «no puede contener el transporte de su alegría».

En busca del equilibrio

Las pasiones y los movimientos del alma son la mayoría de las veces independientes de nuestra voluntad: «No se pretende de vosotras que no tengáis pasiones; no está en vuestro poder», decía a las hijas de la Visitación, añadiendo: «¿Qué puede hacer una persona para tener tal o cual temperamento, sujeto a esta o aquella pasión? Todo está, pues, en las acciones que hacemos derivar por medio de ese movimiento, que depende de nuestra voluntad».

Una cosa es segura, los estados de ánimo y las pasiones hacen del hombre un ser extremadamente sujeto a variaciones de la «temperatura» psicológica, a imagen de las variaciones climáticas. «Su vida transcurre sobre esta tierra como las aguas, fluctuando y ondeando en una perpetua variedad de movimientos». «Hoy se estará felices en exceso, e, inmediatamente después, exageradamente tristes. En tiempo de carnaval se verán manifestaciones de alegría y de alborozo, con acciones necias y alocadas, luego, inmediatamente después, veréis signos de tristeza y de tedio tan exagerados que hacen pensar que se trata de cosas terribles y, en apariencia, irremediables. Otro, en el presente, será demasiado confiado y nada le espantará, e, inmediatamente después, será presa de una angustia que le hundirá hasta debajo de la tierra».

El director espiritual de Juana de Chantal ha identificado bien las diferentes «estaciones del alma» atravesadas por esta al principio de su fervorosa vida:

Veo que se encuentran en vuestra alma todas las estaciones del año. Ahora sentís el invierno a través de las muchas esterilidades, distracciones, pesadeces y fastidios; ahora los rocíos del mes de mayo con el perfume de las santas florecillas, y ahora el calor de los deseos de agradar a nuestro buen Dios. No queda más que el otoño del cual, como decís, no veis muchos frutos. Pues bien, a menudo ocurre que, trillando el grano o pisando la uva, se encuentra un fruto más abundante de lo que prometían las mieses y la vendimia. Vos querriáis que fuera siempre primavera o verano; pero no, Hija mía: es necesario que ocurra la alternancia de las estaciones en nuestro interior como en nuestro exterior. Solo en el cielo todo será primavera en cuanto a la belleza, todo será otoño en cuanto al goce y todo será verano en cuanto al amor. Allá arriba, no habrá más invierno, pero aquí es necesario para el ejercicio de la abnegación y de mil pequeñas y bellas virtudes, que se ejercitan en el tiempo de las arideces.

La salud del alma como la del cuerpo no puede consistir en eliminar estos cuatro humores, sino en alcanzar una «invariabilidad de humor». Cuando una pasión predomina sobre las otras, causa las enfermedades del alma; y como es sumamente difícil regularla, de ello se deriva que los hombres son extravagantes y variables, por lo que no se vislumbra otra cosa entre ellos sino fantasías, inconstancias y estupideces.

Las pasiones tienen de bueno el hecho de consentirnos «ejercitar la voluntad en la adquisición de la virtud y en la vigilancia espiritual». A pesar de ciertas manifestaciones, en las que se debe «sofocar y reprimir las pasiones», para Francisco de Sales no se trata de eliminarlas, cosa imposible, sino de controlarlas como más se pueda, es decir, moderarlas y orientarlas a un fin que sea bueno.

No se trata, por lo tanto, de fingir ignorar nuestras manifestaciones psíquicas, como si no existieran (lo

que una vez más es imposible), sino de «velar continuamente sobre el propio corazón y sobre el propio espíritu para mantener las pasiones en la norma y bajo el control de la razón; de lo contrario se tendrán solamente originalidades y comportamientos desiguales». Filotea no será feliz, si no cuando haya «aplacado y pacificado tantas pasiones que [le] provocaban inquietud».

Tener un espíritu constante es uno de los mejores ornamentos de la vida cristiana y uno de los más amables medios para adquirir y conservar la gracia de Dios, y también para edificar al prójimo. «La perfección, por lo tanto, no consiste en la ausencia de las pasiones, sino en su correcta regulación; las pasiones están en el corazón como las cuerdas en un arpa: es necesario que estén afinadas para que podamos decir: Te alabaremos con el arpa».

Cuando las pasiones nos hacen perder el equilibrio interior y exterior, dos métodos son posibles: «oponiendo pasiones contrarias, u oponiendo mayores pasiones de la misma especie». Si estoy turbado por el «deseo de las riquezas o del placer voluptuoso», combatiré tal pasión con el desprecio y la huida, o aspiraré a riquezas y placeres superiores. Puedo luchar contra el miedo físico con lo contrario que es el coraje, o desarrollando un temor saludable concerniente al alma.

El amor de Dios, por su parte, imprime a las pasiones una verdadera y propia conversión, cambiando su orientación natural y prospectando para ellas un fin espiritual. Por ejemplo, «el apetito por los alimentos se vuelve muy espiritual si, antes de satisfacerlo, se le da el motivo del amor: y no, Señor, no es para complacer a este pobre vientre, ni para satisfacer este apetito que voy a la mesa, sino, según tu Providencia, para mantener este cuerpo que tú has hecho sujeto a tal miseria; sí, Señor, porque así te ha agradado a ti».

La transformación así operada se asemejará a un «artificio» utilizado en la alquimia que cambia el hierro en

oro. «¡Oh santa y sacra alquimia! – escribe el obispo de Ginebra -, ¡oh polvo divino de la fusión, con el cual todos los metales de nuestras pasiones, afectos y acciones son mutados en el oro purísimo de la celestial dilección!».

Estados de ánimo, pasiones e imaginaciones están profundamente arraigados en el alma humana: representan un recurso excepcional para la vida del alma. Será tarea de las facultades superiores, la razón y sobre todo la voluntad, moderarlas y gobernarlas. Empresa difícil; Francisco de Sales la ha cumplido con éxito, porque, según afirma la madre de Chantal, «poseía tal absoluto dominio de sus pasiones que las hacía obedientes como esclavas; y al final casi no aparecían más».

Educar el cuerpo y sus 5 sentidos con san Francisco de Sales

Un buen número de antiguos ascetas cristianos han considerado a menudo el cuerpo como un enemigo, cuya corrupción debía ser combatida, de hecho, como un objeto de desprecio y a no ser tenido en cuenta. Numerosos hombres espirituales de la Edad Media no se preocupaban del cuerpo más que para infligirle penitencias. En la mayoría de las escuelas de la época, no había nada previsto para hacer descansar al “hermano burro”.

Para Calvino, la naturaleza humana totalmente corrompida por el pecado original, no podía ser otra cosa que un “basurero”. En el lado opuesto, numerosos escritores y artistas renacentistas exaltaban el cuerpo hasta el punto de rendirle culto, en el que la sensualidad tenía un gran

relieve. Rabelais, por su parte, magnificaba el cuerpo de sus gigantes y se complacía en exhibir sus funciones orgánicas incluso las menos nobles.

El realismo salesiano

Entre la divinización del cuerpo y su desprecio, Francisco de Sales ofrece una visión realista de la naturaleza humana. Al final de la primera meditación sobre el tema de la creación del hombre, “el primer ser del mundo visible”, el autor de la Introducción a la vida devota pone en labios de Filotea este propósito que parece resumir su pensamiento: “Quiero sentirme honrada por el ser que él me ha dado”. Ciertamente, el cuerpo está destinado a la muerte. Con crudo realismo, el autor describe la despedida del alma al cuerpo, que abandonará “pálido, lívido, deshecho, horrendo y hediondo”, pero eso no constituye una razón para descuidarlo y denigrarlo injustamente mientras está vivo. San Bernardo se equivocó al anunciar a aquellos que querían seguirlo “que debían abandonar su cuerpo e ir a él solamente en espíritu”. Los males físicos no deben llevar a odiar el cuerpo: el mal moral es mucho peor.

No encontramos en Francisco de Sales el olvido o la puesta en sombra de los fenómenos corporales, como cuando habla de diferentes formas de enfermedades o cuando evoca las manifestaciones del amor humano. En un capítulo del Tratado del amor de Dios titulado: “El amor tiende a la unión”, él escribe, por ejemplo, que “se aplica una boca sobre la otra cuando se besan, para testimoniar que se querría verter un alma en la otra, para unir las con una unión perfecta”. Esta actitud de Francisco de Sales hacia el cuerpo ya suscitó, en su tiempo, reacciones escandalizadas. Cuando apareció la Filotea, un religioso aviñonés criticó públicamente este “librito”, lo destrozó tildando a su autor de “doctor corrupto y corruptor”. Enemigo del pudor excesivo, Francisco de Sales aún no conocía la reserva y los temores que emergerían en tiempos posteriores. ¿Sobreviven en él costumbres medievales o es simplemente una manifestación de su gusto “bíblico”? De

todos modos, en él no se encuentra nada comparable a las trivialidades del “infame” Rabelais.

Los dones naturales más estimados son la belleza, la fuerza y la salud. En referencia a la belleza, Francisco de Sales se expresaba así hablando de santa Brígida: “Nació en Escocia; era una chica muy bella, dado que los escoceses son bellos por naturaleza, y en ese país se encuentran las criaturas más bellas existentes”. Pensemos, por otro lado, en el repertorio de imágenes sobre las perfecciones físicas del esposo y la esposa, tomadas del Cantar de los Cantares. Aunque las representaciones están sublimadas y trasladadas a un registro espiritual, siguen siendo significativas de una atmósfera donde se exalta la belleza natural del hombre y de la mujer. Se intentó hacerle suprimir el capítulo del Teotimo sobre el beso, en el que demuestra que “el amor tiende a la unión”, pero siempre se negó a hacerlo. En cualquier caso, la belleza exterior no es la más importante: la belleza de la hija de Sion es interior.

Estrecho vínculo entre el cuerpo y el alma

Ante todo, Francisco de Sales afirma que el cuerpo es “una parte de nuestra persona”. El alma personificada podrá también decir con un acento de ternura: “Esta carne es mi querida mitad, es mi hermana, es mi compañera, nacida conmigo, alimentada conmigo”.

El obispo fue muy atento al vínculo existente entre el cuerpo y el alma, entre la sanidad del cuerpo y la del alma. Así escribe de una persona bajo su dirección, enferma de salud, que la salud de su cuerpo “depende mucho de la del alma, y la del alma depende de las consolaciones espirituales”. “No se ha debilitado su corazón –escribía a una enferma–, sino su cuerpo, y, dados los vínculos estrechísimos que los unen, su corazón tiene la impresión de sentir el mal de su cuerpo”. Cada uno puede constatar que las enfermedades corporales “terminan por crear malestar también al espíritu, debido a los estrechos lazos entre uno y otro”. Inversamente, el espíritu actúa sobre el cuerpo hasta el punto que “el

cuerpo percibe los afectos que se agitan en el corazón”, como ocurrió en Jesús, que se sentó junto al pozo de Jacob, cansado de su gravoso compromiso al servicio del reino de Dios.

Sin embargo, dado que “el cuerpo y el espíritu a menudo proceden en dirección contraria, y, a medida que uno se debilita, el otro se fortalece”, y dado que “el espíritu debe reinar”, “debemos sostenerlo y consolidarlo de tal manera que permanezca siempre el más fuerte”. Si luego el cuidado del cuerpo es “para que esté al servicio del espíritu”.

Mientras tanto, seamos justos con respecto al cuerpo. En caso de malestar o de errores, a menudo sucede que el alma acusa al cuerpo y lo maltrata, como hizo Balaam con su asna: “¡Oh pobre alma! si tu carne pudiera hablar, te diría, como el asna de Balaam: ¿por qué me golpeas, miserable? Es contra ti, alma mía, que Dios arma su venganza, tú eres la criminal”. Cuando una persona reforma su interior, la conversión se manifestará también externamente: en todas las actitudes, en la boca, en las manos y “incluso en el cabello”. La práctica de la virtud hace al hombre bello interiormente y también exteriormente. Inversamente, un cambio exterior, un comportamiento del cuerpo puede favorecer un cambio interior. Un acto de devoción exterior durante la meditación puede despertar la devoción interior. Lo que aquí se dice de la vida espiritual puede aplicarse fácilmente a la educación en general.

Amor y dominio del cuerpo

Hablando de la actitud que se debe tener hacia el cuerpo y las realidades corporales, no sorprende ver a Francisco de Sales recomendar a Filotea, como primera cosa, la gratitud por las gracias corporales que Dios le ha dado.

Debemos amar nuestro cuerpo por diferentes motivos: porque nos es necesario para realizar las buenas obras, porque es una parte de nuestra persona, y porque está destinado a participar en la felicidad eterna. El cristiano debe amar su propio cuerpo como una imagen viviente del del Salvador encarnado,

como proveniente de él por parentesco y consanguinidad. Sobre todo, después de que hemos renovado la alianza, recibiendo realmente el cuerpo del Redentor en el adorable sacramento de la eucaristía, y, con el bautismo, la confirmación y los otros sacramentos, nos hemos dedicado y consagrado a la suma bondad.

El amor por el propio cuerpo forma parte del amor debido a uno mismo. En verdad, la razón más convincente para honrar y usar sabiamente el cuerpo radica en una visión de fe, que el obispo de Ginebra explicaba así a la madre de Chantal, que había salido de una enfermedad: "Cuida aún de este cuerpo, porque es de Dios, mi queridísima Madre". La Virgen María se presenta en este punto como modelo: "¡Con qué devoción debía amar su cuerpo virginal! No solo porque era un cuerpo dulce, humilde, puro, obediente al santo amor y totalmente impregnado de mil sagrados perfumes, sino también porque era la viva fuente de aquel del Salvador y le pertenecía muy estrechamente, con un vínculo que no tiene comparación".

El amor por el cuerpo es, sí, recomendado, pero el cuerpo debe permanecer sometido al espíritu, como el sirviente a su maestro. Para controlar el apetito debo "ordenar a las manos que no proporcionen a la boca alimentos y bebidas, sino en la justa medida". Para gobernar la sexualidad "hay que quitar o dar a la facultad de la reproducción los sujetos, los objetos y los alimentos que la excitan, según los dictados de la razón". Al joven que se dispone a "navegar en el vasto mar" el obispo le recomienda: "Les deseo también un corazón vigoroso que les impida mimar su cuerpo con excesivas delicadezas en comer, dormir o en otras cosas. Se sabe, de hecho, que un corazón generoso siempre siente un poco de desprecio por las delicadezas y los deleites corporales".

Para que el cuerpo permanezca sometido a la ley del espíritu, conviene evitar los excesos: ni maltratarlo ni mimarlo. En todo hay que tener medida. El motivo de la caridad debe tener el primado en todas las cosas; por eso él escribe: "Si el trabajo que hacen les es necesario o es muy útil para

la gloria de Dios, preferiría que soportaran las penas del trabajo en lugar de las del ayuno". De aquí la conclusión: "En general es mejor tener en el cuerpo más fuerzas de las que son necesarias, que arruinarlas más allá de lo necesario; porque arruinarlas se puede siempre, tan pronto como se quiere, pero para recuperarlas no siempre basta con quererlo".

Lo que es necesario evitar es esta "ternura que se siente por uno mismo". Se burla, con fina ironía, pero de manera despiadada, de una imperfección que no es solo "propia de los niños, y, si puedo atreverme a decirlo, de las mujeres", sino también de hombres poco valientes, de los cuales nos da este interesante cuadro característico: "Otros son los tiernos hacia sí mismos, y que no hacen otra cosa que quejarse, mimarse, acurrucarse y mirarse".

De todos modos, el obispo de Ginebra cuidaba de su cuerpo como era su deber, obedecía a su médico y a las "enfermeras". También se ocupaba de la salud ajena, aconsejando medidas apropiadas. Escribirá, por ejemplo, a la madre de un joven alumno del colegio de Annecy: "Es necesario hacer que Charles sea visitado por los médicos, para que su hinchazón de vientre no se agrave".

Al servicio de la salud está la higiene. Francisco de Sales deseaba que tanto el corazón como el cuerpo estuvieran limpios. Recomendaba el decoro, muy diferente de afirmaciones como esta de san Hilario según la cual "no había que buscar la limpieza en nuestros cuerpos que no son más que carroñas pestilenciales y cargadas solo de infección". Estaba más bien del parecer de san Agustín y de los antiguos que se bañaban "para mantener limpios sus cuerpos tanto de la suciedad producida por el calor y el sudor, como para la salud, que es ciertamente ayudada en gran medida por la limpieza".

Para poder trabajar y cumplir con los deberes de su cargo, cada uno debería cuidar de su cuerpo en lo que respecta a la alimentación y el descanso: "Comer poco, trabajar mucho y con mucha agitación y negar al cuerpo el descanso necesario, es como exigir mucho de un caballo que

está agotado sin darle tiempo para masticar un poco de avena". El cuerpo necesita descansar, es algo del todo evidente. Las largas vigiliias nocturnas son "perjudiciales para la cabeza y el estómago", mientras que, en cambio, levantarse temprano por la mañana es "útil tanto para la salud como para la santidad".

Educar nuestros sentidos, especialmente los ojos y los oídos

Nuestros sentidos son maravillosos dones del Creador. Nos ponen en contacto con el mundo y nos abren a todas las realidades sensibles, a la naturaleza, al cosmos. Los sentidos son la puerta del espíritu, a la cual le proporcionan, por así decirlo, la materia prima; de hecho, como dice la tradición escolar, "nada está en el intelecto que no haya estado antes en los sentidos".

Cuando Francisco de Sales habla de los sentidos, su interés se centra especialmente en el plano educativo y moral, y su enseñanza al respecto se relaciona con lo que ha expuesto sobre el cuerpo en general: admiración y vigilancia. Por un lado, dice que Dios nos da "los ojos para ver las maravillas de sus obras, la lengua para alabarlo, y así para todas las demás facultades", sin omitir, por otro lado, la recomendación de "poner centinelas en los ojos, en la boca, en los oídos, en las manos y en el olfato".

Es necesario comenzar por la vista, porque "entre todas las partes externas del cuerpo humano no hay ninguna, por su estructura y por su actividad, más noble que el ojo". El ojo está hecho para la luz: lo demuestra el hecho de que cuanto más bellas son las cosas, agradables a la vista y debidamente iluminadas, más el ojo las mira con avidez y vivacidad. "De los ojos y de las palabras se conoce cuál es el alma y el espíritu del hombre, pues los ojos sirven al alma como el cuadrante al reloj". Es bien sabido que, entre los amantes, los ojos hablan más que la lengua.

Hay que vigilar los ojos, porque a través de ellos pueden entrar la tentación y el pecado, como ocurrió con Eva, que quedó encantada al ver la belleza del fruto prohibido, o con David, que fijó su mirada en la esposa de Urías. En

ciertos casos hay que proceder como se hace con el ave de presa: para hacerla regresar es necesario mostrarle el cebo; para calmarla es necesario cubrirla con un capuchón; de la misma manera, para evitar las miradas malas, "hay que desviar los ojos, cubrirlos con el capuchón natural y cerrarlos".

Si bien las imágenes visuales son ampliamente dominantes en las obras de Francisco de Sales, hay que reconocer que las imágenes auditivas son muy dignas de nota. Esto resalta la importancia que atribuía al oído por razones tanto estéticas como morales. "Una sublime melodía escuchada con mucha atención" produce un efecto tan mágico que "encanta los oídos". Pero hay que tener cuidado de no sobrepasar las capacidades auditivas: una música, por hermosa que sea, si es fuerte y demasiado cercana, nos molesta y ofende el oído.

Por otro lado, hay que saber que "el corazón y los oídos discurren entre sí", porque es a través del oído que el corazón "escucha los pensamientos de los demás". Es también a través del oído que entran en lo más profundo del alma palabras sospechosas, injuriosas, mentirosas o malévolas, de las cuales es necesario cuidarse bien; porque las almas se envenenan a través del oído, como el cuerpo a través de la boca. La mujer honesta se tapará los oídos para no oír la voz del encantador que quiere conquistarla subrepticamente. Permaneciendo en el ámbito simbólico, Francisco de Sales declara que el oído derecho es el órgano a través del cual escuchamos los mensajes espirituales, las buenas inspiraciones y movimientos, mientras que el izquierdo sirve para oír discursos mundanos y vanos. Para custodiar el corazón, protejamos, por tanto, con gran cuidado los oídos.

El mejor servicio que podemos pedir a los oídos es el de poder oír la palabra de Dios, objeto de la predicación, la cual exige oyentes atentos y dispuestos a hacerla penetrar en sus corazones para que dé fruto. Filotea es invitada a "hacerla gotear" a su vez en el oído ahora de uno y ahora de otro, y a orar a Dios en lo íntimo de su alma, para que le plazca hacer penetrar esa santa rociada en el corazón de quien la escucha.

Los otros sentidos

También en el tema del olfato, se ha destacado la abundancia de imágenes olfativas. Los perfumes son tan diversos como lo son las sustancias olorosas, como la leche, el vino, el bálsamo, el aceite, la mirra, el incienso, la madera aromática, el nardo, el ungüento, la rosa, la cebolla, el lirio, la violeta, la viola del pensamiento, la mandrágora, la canela... Aún más sorprendente es constatar los resultados producidos con la fabricación del agua olorosa:

El albahaca, el romero, la orégano, el hisopo, los clavos de olor, la canela, la nuez moscada, los limones y el almizcle, mezclados y triturados, dan efectivamente un perfume muy agradable por la mezcla de sus olores; pero no es ni siquiera comparable al de la agua que se destila, en la cual los aromas de todos estos ingredientes, aislados de sus cuerpos, se funden más perfectamente, dando origen a un exquisito perfume que penetra mucho más el olfato de lo que ocurriría si, junto con el agua, estuvieran las partes materiales.

Numerosas son las imágenes olfativas extraídas del Cantar de los Cantares, poema oriental donde los perfumes ocupan un lugar relevante y donde uno de los versículos bíblicos más comentados por Francisco de Sales es el grito afligido de la esposa: "Atráeme a ti, caminaremos y correremos juntos en la estela de tus perfumes". Y cuán refinada es esta anotación: "El suave perfume de la rosa se hace más sutil por la cercanía del ajo plantado cerca de los rosales!".

No confundamos, sin embargo, el sagrado bálsamo con los perfumes de este mundo. Existe, de hecho, un olfato espiritual, que debería ser de nuestro interés cultivar. Este nos permite percibir la presencia espiritual del sujeto amado, y además hace que no nos dejemos distraer por los malos olores del prójimo. El modelo es el padre que recibe con los brazos abiertos al hijo pródigo que regresa a él "semi desnudo, sucio, mugriento y apestoso de inmundicias por la larga costumbre con los cerdos". Otra imagen realista aparece en

referencia a ciertas críticas mundanas: no nos sorprendamos, recomienda Francisco de Sales a Juana de Chantal, es necesario “que el poco unguento del que disponemos parezca apestoso a las narices del mundo”.

A propósito del gusto, ciertas observaciones del obispo de Ginebra podrían hacernos pensar que era un goloso nato, más bien un educador del gusto: “¿Quién no sabe que la dulzura de la miel se une cada vez más a nuestro sentido del gusto con un progreso continuo de sabor, cuando, manteniéndola largo tiempo en la boca, en lugar de tragarla de inmediato, su sabor penetra más a fondo en nuestro sentido del gusto?”. Admitida la dulzura de la miel, es necesario, sin embargo, apreciar más la sal, por el hecho de que es de uso más común. En nombre de la sobriedad y la templanza, Francisco de Sales recomendaba saber renunciar al gusto personal, comiendo lo que se “nos pone delante”.

Finalmente, en lo que respecta al tacto, Francisco de Sales habla sobre todo en un sentido espiritual y místico. Así recomienda tocar a Nuestro Señor crucificado: la cabeza, las santas manos, el precioso cuerpo, el corazón. Al joven que está a punto de lanzarse en el vasto mar del mundo le exige que se gobierne enérgicamente y desprecie las blanduras, los deleites corporales y las delicadezas: “Me gustaría que a veces trataras duramente a tu cuerpo para que sienta alguna aspereza y dureza, despreciando delicadezas y cosas agradables a los sentidos; porque es necesario que a veces la razón ejerza su superioridad y la autoridad que tiene para regular los apetitos sensuales”.

El cuerpo y la vida espiritual

También el cuerpo está llamado a participar en la vida espiritual que se expresa en primer lugar en la oración: “Es cierto, la esencia de la oración está en el alma, pero la voz, los gestos y otros signos exteriores, mediante los cuales se revela lo íntimo de los corazones, son nobles atributos y propiedades utilísimas de la oración; son efectos y operaciones. El alma no se contenta con orar si el hombre en

su totalidad no ora; ella ora junto con los ojos, las manos, las rodillas”.

Él añade que “el alma postrada ante Dios hace inclinar fácilmente sobre sí todo el cuerpo; levanta los ojos donde eleva el corazón, alza las manos allí, de donde espera un auxilio”. Francisco de Sales explica también que “orar en espíritu y en verdad es orar con gusto y afecto, sin fingimiento ni hipocresía, y comprometiendo, además, al hombre entero, alma y cuerpo, para que lo que Dios ha unido no sea separado”. “Es necesario que todo el hombre ore”, repite a las visitandinas. Pero la mejor oración es la de Filotea, cuando decide consagrar a Dios no solo el alma, su espíritu y su corazón, sino también su “cuerpo con todos sus sentidos”; así es como lo amará y servirá verdaderamente con todo su ser.

El nombre

En la Facultad de Medicina de una gran universidad, el profesor de anatomía, como examen final, distribuyó a todos los estudiantes un cuestionario.

Un estudiante que se había preparado meticulosamente contestó puntualmente a todas las preguntas hasta que llegó a la última.

La pregunta era: “¿Cuál es el nombre de pila de la señora de la limpieza?”.

El alumno entregó el examen dejando la última respuesta en blanco.

Antes de entregarlo, preguntó al profesor si la última pregunta del examen contaría para la nota.

“¡Por cierto!”, respondió el profesor. “En su carrera conocerá a muchas personas. Todas tienen su propio grado de importancia. Merecen su atención, incluso con una pequeña sonrisa o un simple hola”.

El estudiante nunca olvidó la lección y aprendió que el nombre de pila de la señora de la limpieza era Mariana.

Un discípulo preguntó a Confucio: “Si el rey te pidiera que gobernaras el país, ¿cuál sería tu primera acción?”.

“Me gustaría aprenderme los nombres de todos mis colaboradores”.

“¡Qué tontería! Ciertamente no es un asunto de primera importancia para un primer ministro”.

“Un hombre no puede esperar recibir ayuda de lo que no conoce”, replicó Confucio. “Si no conoce la naturaleza, no conocerá a Dios. Del mismo modo, si no sabe a quién tiene a su lado, no tendrá amigos. Sin amigos, no será capaz de idear un plan. Sin un plan, no podrá dirigir las acciones de nadie. Sin dirección, el país se sumirá en la oscuridad e incluso los bailarines ya no sabrán cómo poner un pie junto al otro. Así, una acción aparentemente trivial, aprenderse el nombre de la persona que está a su lado, puede suponer una gran diferencia. El pecado incorregible de nuestro tiempo es que todo el mundo quiere arreglar las cosas inmediatamente y olvida que necesita a los demás para hacerlo”.

In memoriam. Cardenal Angelo Amato, sdb

La Iglesia universal y la Familia Salesiana se despidieron por última vez, el 31 de diciembre de 2024, del Cardenal Angelo Amato, S.D.B., Prefecto emérito de la Congregación para las Causas de los Santos. Nacido en Molfetta (en la provincia de Bari, Italia) el 8 de junio de 1938, sirvió durante mucho tiempo a la Santa Sede y fue un referente en la teología, la investigación académica y la promoción de la santidad en la

Iglesia. Las exequias, presididas el 2 de enero de 2025 por el Cardenal Giovanni Battista Re, Decano del Colegio Cardenalicio, se llevaron a cabo en el Altar de la Cátedra de la Basílica de San Pedro. Al final, el Santo Padre Francisco presidió el rito de la «Ultima Commendatio» y de la «Valedictio», rindiendo homenaje a este ilustre hijo de san Juan Bosco.

A continuación, un perfil biográfico que recorre su vida, las etapas más significativas de su formación, las experiencias académicas y pastorales, hasta su misión como Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos.

Los orígenes y la elección salesiana

Angelo Amato nació en Molfetta el 8 de junio de 1938, primero de cuatro hijos de una familia de constructores navales. Crecido en un ambiente que favoreció su espíritu de compromiso y responsabilidad, realizó sus primeros estudios en las escuelas primarias dirigidas por las hermanas alcantarinas y las hermanas salesianas de los Sagrados Corazones, en Molfetta. Posteriormente, continuó con la escuela secundaria y, vislumbrando un posible futuro en la carrera marítima, se inscribió en el Instituto Náutico de Bari, en la sección de capitanes de largo curso. Fue precisamente durante el tercer año de estudios, en octubre de 1953, que maduró la decisión de emprender el camino del sacerdocio: dejó el Instituto Náutico e ingresó en el aspirantado salesiano de Torre Annunziata. Su vocación religiosa, por lo tanto, se insertó desde el principio en la Familia Salesiana. Después de un período de prueba, realizó el noviciado en Portici Bellavista de 1955 a 1956. El 16 de agosto de 1956, día que la tradición salesiana reserva a la primera profesión de los novicios, emitió los votos religiosos convirtiéndose en salesiano de Don Bosco. Desde ese momento, su vida estaría profundamente ligada al carisma salesiano, con especial atención a los jóvenes y a la educación. Terminado el noviciado, Angelo Amato asistió al estudiantado filosófico de San Gregorio de Catania, donde obtuvo el diploma de bachillerato clásico (en 1959) y, a

continuación, la licenciatura en Filosofía en el entonces Ateneo Pontificio Salesiano de Roma (hoy Universidad Pontificia Salesiana). En 1962 emitió la profesión perpetua, consolidando definitivamente su pertenencia a la Congregación salesiana. En esos mismos años realizó el tirocinio práctico en el colegio salesiano de Cisternino (Brindisi), enseñando letras en la escuela secundaria: una experiencia que lo puso desde el principio en contacto con el apostolado juvenil y la enseñanza, dos dimensiones que marcarían toda su misión.

La ordenación sacerdotal y los estudios teológicos

La etapa siguiente del camino de Angelo Amato fue el estudio de la Teología en la Facultad teológica de la Universidad Salesiana, también en Roma, donde obtuvo la licenciatura en Teología. Ordenado sacerdote el 22 de diciembre de 1967, decidió especializarse aún más e ingresó en la Pontificia Universidad Gregoriana. En 1974 obtuvo allí el doctorado en Teología, formando así parte del cuerpo docente universitario. El ámbito teológico lo fascinaba profundamente, y esto se reflejaría en la gran cantidad de publicaciones y ensayos de los que fue autor a lo largo de su carrera académica.

La experiencia en Grecia y la investigación sobre el mundo ortodoxo

Una fase determinante en la formación del padre Angelo Amato fue la estancia en Grecia, a partir de 1977, promovida por el entonces Secretariado para la Unidad de los Cristianos (hoy Dicasterio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos). Inicialmente pasó cuatro meses en la residencia ateniense de los jesuitas, donde se dedicó al estudio del griego moderno, tanto escrito como hablado, con vistas a la inscripción en la Universidad de Salónica. Admitido a los cursos, obtuvo una beca del Patriarcado de Constantinopla, gracias a la cual pudo residir en el Monì Vlatadon (Monasterio Vlatadon), sede de un instituto de estudios patrísticos (Idrima ton Paterikon Meleton) y de una riquísima biblioteca especializada en teología ortodoxa, enriquecida por los microfilmes de los

manuscritos del Monte Athos. En la Universidad de Salónica siguió cursos de historia de los dogmas con el profesor Jannis Kaloghirou y de dogmática sistemática con Jannis Romanidis. Paralelamente, llevó a cabo un importante estudio sobre el sacramento de la penitencia en la teología greco-ortodoxa desde el siglo XVI hasta el XX: la investigación, apoyada por el conocido patrólogo griego Konstantinos Christou, fue publicada en 1982 en la colección «Análekta Vlatádon». Este período de intercambio ecuménico y de conocimiento profundo del mundo cristiano oriental enriqueció notablemente la formación de Amato, convirtiéndolo en un experto en teología ortodoxa y en las dinámicas de diálogo entre Oriente y Occidente.

El regreso a Roma y el compromiso académico en la Universidad Pontificia Salesiana

Regresado a Roma, Angelo Amato asumió el cargo de profesor de Cristología en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Salesiana. Sus dotes de estudioso y su claridad expositiva no pasaron desapercibidas: fue nombrado Decano de la misma Facultad de Teología durante dos mandatos (1981-1987 y 1994-1999). Además, entre 1997 y 2000 ocupó el cargo de Vice-Rector de la Universidad. En esos años adquirió más experiencia en el extranjero: en 1988 fue enviado a Washington para profundizar en la teología de las religiones y para completar su manual de cristología. Paralelamente a su trabajo académico, tuvo roles de consultoría para varios organismos de la Santa Sede: fue consultor de la Congregación para la Doctrina de la Fe y de los Consejos Pontificios para la Promoción de la Unidad de los Cristianos y para el Diálogo Interreligioso. También desempeñó el cargo de consejero en la Pontificia Academia Mariana Internacional, subrayando su interés por la mariología, típico de la espiritualidad salesiana centrada en María Auxiliadora.

En 1999 fue nombrado prelado secretario de la reestructurada Pontificia Academia de Teología y director de la recién nacida

revista teológica «Path». Además, entre 1996 y 2000, formó parte de la comisión teológico-histórica del Gran Jubileo del Año 2000, contribuyendo así de manera significativa a la organización de las celebraciones jubilares.

Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe y el episcopado

El 19 de diciembre de 2002 llegó un nombramiento de gran relevancia: el Papa Juan Pablo II lo designó Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, elevándolo al mismo tiempo a la dignidad arzobispal y asignándole la sede titular de Sila, con el título personal de Arzobispo. Recibió la ordenación episcopal el 6 de enero de 2003, en la Basílica Vaticana, de manos del mismo Juan Pablo II (hoy San Juan Pablo II).

En este rol, Monseñor Angelo Amato colaboró con el Prefecto de la época, el Cardenal Joseph Ratzinger (futuro Benedicto XVI). La tarea del Dicasterio fue, y es, promover y proteger la doctrina católica en todo el mundo. Durante su mandato, el nuevo Arzobispo continuó teniendo un enfoque académico, combinando sus competencias especializadas en teología con el servicio eclesial dirigido a la ortodoxia de la fe.

Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos y la púrpura cardenalicia

Un paso más en su carrera eclesiástica llegó el 9 de julio de 2008: el Papa Benedicto XVI lo nombró Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos, en sustitución del Cardenal José Saraiva Martins. En este dicasterio, Monseñor Amato fue responsable de seguir el proceso de beatificación y canonización de los Siervos de Dios, el discernimiento sobre las virtudes heroicas, los milagros y el testimonio de aquellos que, a lo largo de la historia, se han convertido en santos y beatos de la Iglesia Católica. En el Consistorio del 20 de noviembre de 2010, Benedicto XVI lo creó Cardenal, asignándole la Diaconía de Santa María en Aquiro. El nuevo purpurado pudo así participar en el cónclave de marzo de 2013,

que vio la elección del Papa Francisco. Durante el pontificado de este último, el Cardenal Amato fue confirmado "*donec aliter provideatur*" como Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos (19 de diciembre de 2013), continuando su actividad hasta el 31 de agosto de 2018, cuando presentó su dimisión por haber alcanzado el límite de edad, dejando una huella duradera gracias al número de beatificaciones y canonizaciones examinadas en esos años.

El compromiso por la Iglesia local: el ejemplo de don Tonino Bello

Un testimonio particular del vínculo del Cardenal Amato con su tierra natal se dio en noviembre de 2013, cuando se trasladó a la Catedral de Molfetta para el cierre de la fase diocesana del proceso de beatificación y canonización de don Tonino Bello (1935-1993). Este último, Obispo de Molfetta de 1982 a 1986, fue una figura muy querida por su compromiso a favor de la paz y de los pobres. En esa ocasión, el Cardenal Amato destacó cómo la santidad no es patrimonio de unos pocos elegidos, sino una vocación universal: todos los creyentes, inspirados por la persona y el mensaje de Cristo, están llamados a vivir profundamente la fe, la esperanza y la caridad.

Últimos años y la muerte

Después de dejar la dirección de la Congregación de las Causas de los Santos, el Cardenal Angelo Amato continuó ofreciendo su servicio a la Iglesia, participando en eventos, ceremonias y poniendo a disposición su profundo conocimiento teológico. Su compromiso siempre estuvo marcado por un rasgo humano de gran fineza, por un evidente respeto hacia el interlocutor y por una humildad que a menudo impresionaba a quienes lo encontraban.

El 3 de mayo de 2021, su diaconía de Santa María en Aquiro fue elevada *pro hac vice* a título presbiterial, honrando aún más su larga y fiel dedicación al ministerio eclesial.

La muerte del purpurado, ocurrida el 31 de diciembre de 2024 a

los 86 años, ha dejado un vacío en la Familia Salesiana y en el Colegio Cardenalicio, ahora constituido por 252 cardenales, de los cuales 139 electores y 113 no electores. El anuncio de su fallecimiento suscitó reacciones de condolencia y agradecimiento en todo el mundo eclesial: la Universidad Pontificia Salesiana, en particular, recordó sus largos años de enseñanza como docente de Cristología, su doble mandato como Decano de la Facultad de Teología, así como el período en que ocupó el cargo de Vice-Rector de la universidad.

Una herencia de fidelidad y búsqueda de la santidad

Al mirar la figura del Cardenal Angelo Amato, no se pueden pasar por alto algunos rasgos que han caracterizado su ministerio y testimonio. En primer lugar, su perfil de religioso salesiano: la fidelidad a los votos, el profundo vínculo con el carisma de san Juan Bosco, la atención a los jóvenes, a la formación intelectual y espiritual, representan una línea guía constante en su vida. En segundo lugar, la vasta producción teológica, en particular en el ámbito cristológico y mariológico, y su contribución al diálogo con el mundo ortodoxo, del cual fue un estudioso apasionado.

Sin duda, el servicio a la Santa Sede como Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos y cardenal, subraya la importancia de su papel en la promoción y protección de la doctrina católica, así como en la valorización de los testigos de santidad. El Cardenal Amato fue un testigo privilegiado de la riqueza espiritual que la Iglesia universal ha expresado a lo largo de los siglos, y fue parte activa en el reconocimiento de figuras que representan un faro para el pueblo de Dios.

Además, la participación en un cónclave (el de 2013), su cercanía a grandes Papas como Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco, y su colaboración con numerosos dicasterios testimonian un servicio a trescientos sesenta grados, en el que se fusionan la dimensión académica y el ejercicio pastoral de gobierno en la Iglesia.

La muerte del Cardenal Angelo Amato deja una herencia de doctrina, de sensibilidad ecuménica y de amor por la Iglesia. La diócesis de Molfetta, que ya había podido experimentar su participación en el proceso de beatificación de don Tonino Bello, lo recuerda como un hombre de fe y pastor incansable, capaz de unir las exigencias de la disciplina teológica a las de la caridad pastoral. La Familia Salesiana, en particular, percibe en él el fruto de un carisma bien vivido, impregnado de esa "caridad educativa" que desde Don Bosco en adelante acompaña el camino de tantos consagrados y sacerdotes en el mundo, siempre al servicio de los más jóvenes y de los más necesitados.

Hoy, la Iglesia lo confía a la misericordia del Señor, con la certeza de que, como ha afirmado el mismo Pontífice, el Cardenal Amato, "siervo bueno y vigilante", pueda contemplar el rostro de Dios en la gloria de los santos que él mismo ha contribuido a reconocer. Su testimonio, hecho concreto por una vida entregada y por una profunda preparación teológica, permanece como signo y aliento para todos aquellos que desean servir a la Iglesia con fidelidad, mansedumbre y dedicación, hasta el final de su peregrinaje terrenal.

De este modo, el mensaje de esperanza y de santidad que ha animado cada una de sus acciones encuentra cumplimiento: quien siembra en el surco de la obediencia, de la verdad y de la caridad, recoge un fruto que se convierte en bien común, inspiración y luz para las generaciones futuras. Y esta es, en definitiva, la herencia más bella que el Cardenal Angelo Amato deja a su familia religiosa, a la diócesis de Molfetta y a toda la Iglesia.

Y no podemos pasar por alto la herencia escritural que el Cardenal Angelo Amato nos ha dejado. Presentamos a continuación una lista, seguramente no completa, de sus publicaciones.

	Año	Título	Info
1	1974	I pronunciamenti tridentini sulla necessità della confessione sacramentale nei canoni 6-9 della sessione XIV (25 novembre 1551)	Ensayo de hermenéutica conciliar
2	1975	Problemi attuali di cristologia	Conferencias de la facultad teológica Salesiana 1974-1975
3	1976	La Chiesa locale: prospettive teologiche e pastorali	Conferencias de la Facultad teológica salesiana 1975-1976
4	1977	Cristologia metaecclesiale?	Consideraciones sobre la cristología "metadogmática" de E. Schillebeeckx
5	1977	Il Gesù storico	Problemas e interpretaciones
6	1977	Temì teologico-pastorali	

7	1978	Annuncio cristiano e cultura contemporanea	
8	1978	Studi di cristologia patristica attuale	A propósito de dos recientes publicaciones de Alois Grillmeier
9	1979	Il sacramento della penitenza nelle "Risposte" del patriarca Geremia II ai teologi luterani di Tübingen (1576,1579,1581)	
10	1980	Annunciare Cristo ai giovani	(coautor)
11	1980	Il Cristo biblico-ecclesiale	Propuesta de una síntesis criteriológica sobre los contenidos esenciales del anuncio cristológico contemporáneo
12	1980	Il Cristo biblico-ecclesiale latinoamericano	El módulo cristológico "religioso-popular" de Puebla

13	1980	La figura di Gesù Cristo nella cultura contemporanea	El Cristo en el conflicto de las interpretaciones
14	1980	Selezione orientativa sulle pubblicazioni cristologiche in Italia	
15	1980	L'enciclica del dialogo rivisitata	A propósito del Coloquio internacional de estudio sobre la "Ecclesiam suam" de Pablo VI (Roma, 24-26 de octubre de 1980)
16	1981	Il Salvatore e la Vergine-Madre: la maternità salvifica di Maria e le cristologie contemporanee	Actas del 3º Simposio mariológico internacional (Roma, octubre de 1980)
17	1981	La risurrezione di Gesù nella teologia contemporanea	

18	1981	Mariologia in contesto	Un ejemplo de teología inculturada: "El rostro mestizo de María de Guadalupe" (Puebla n.446)
19	1982	Il sacramento della penitenza nella teologia greco-ortodossa	Estudios histórico-dogmáticos, sec. XVI-XX
20	1983	Inculturazione-Contestualizzazione: teologia in contesto	Elementos de bibliografía seleccionada
21	1983	La dimension "thérapeutique" du sacrement de la pénitence dans la théologie et la praxis de l'Église gréco-orthodoxe	
22	1984	Come conoscere oggi Maria	
23	1984	Inculturazione e formazione salesiana	Dossier del encuentro de Roma, 12-17 de septiembre de 1983 (coautor)

24	1984	<p style="text-align: center;">Maria e lo Spirito Santo</p>	<p style="text-align: center;">Actas del 4º Simposio Mariológico Internacional (Roma, octubre, 1982)</p>
25	1985	<p style="text-align: center;">Come collaborare al progetto di Dio con Maria</p>	<p style="text-align: center;">Principios y propuestas</p>
26	1987	<p style="text-align: center;">La Madre della misericordia</p>	
27	1988	<p style="text-align: center;">Gesù il Signore</p>	<p style="text-align: center;">Ensayo de cristología</p>
28	1989	<p style="text-align: center;">Essere donna</p>	<p style="text-align: center;">Estudios sobre la carta apostólica "Mulieris dignitatem" de Juan Pablo II (coautor)</p>
29	1990	<p style="text-align: center;">Cristologia e religioni non cristiane</p>	<p style="text-align: center;">Problemática y actualidad: consideraciones introdutorias</p>
30	1991	<p style="text-align: center;">Come pregare con Maria</p>	

31	1991	Studio dei Padri e teologia dogmatica	Reflexiones a partir de la Instrucción de la Congregación para la educación católica del 10 de noviembre de 1989 (=IPC)
32	1991	<i>Verbi revelati 'accommodata praedicatio' lex omnis evangelizationis"</i> (GS n.44)	Reflexiones histórico-teológicas sobre la inculturación
33	1992	<u>Angeli e demoni Il dramma della storia tra il bene e il male</u>	
34	1992	Dio Padre – Dio Madre	Reflexiones preliminares
35	1992	Il mistero di Maria e la morale cristiana	
36	1992	Il posto di Maria nella "Nuova evangelizzazione"	
37	1993	Cristologia della <i>Secunda Clementis</i>	

38	1993	Lettera cristologica dei primi concili ecumenici	
39	1994	Trinità in contesto	
40	1996	Maria presso la Croce, volto misericordioso di Dio per il nostro tempo	Congreso mariano de las Siervas de María Reparadoras, Rovigo, 12-15 de septiembre de 1995
41	1996	<i>Tertio millennio adveniente:</i> Lettera apostolica di Giovanni Paolo II	Texto y comentario teológico pastoral
42	1996	Vita consecrata. Una prima lettura teologica	
43	1997	Alla ricerca del volto di Cristo: ... ma voi chi dite che io sia?	Actas de la XXVII Semana teológica diocesana, Figline Valdarno, 2-5 de septiembre de 1997
44	1997	Gesù Cristo verità di Dio e ricerca dell'uomo	Cristología

45	1997	<u>La catechesi al traguardo. Studi sul Catechismo della Chiesa cattolica</u>	(coautor)
46	1997	<u>Super fundamentum Apostolorum</u>	Estudios en honor de S. Em. el cardenal A.M. Javierre Ortas (coautor)
47	1998	El Evangelio del Padre	
48	1998	Gesù Cristo morto e risorto per noi consegna lo Spirito	Meditaciones teológicas sobre el misterio pascual (coautor)
49	1998	<u>Il Vangelo del Padre</u>	
50	1998	Una lettura cristologica della "Secunda Clementis"	¿Existencia de influencias paulinas?
51	1999	Evangelización, catequesis, catequistas	Una nueva etapa para la Iglesia del tercer milenio

52	1999	La Vergine Maria dal Rinascimento a oggi	
53	1999	Missione della Chiesa e Chiesa in missione]. Gesù Cristo, Verbo del Padre	Ámbito II
54	1999	La Chiesa santa, madre di figli peccatori	Enfoque eclesiológico e implicaciones pastorales
55	2000	<i>Dominus Iesus</i> : l'unicità e l'universalità salvifica di Gesù Cristo e della Chiesa	Declaración
56	2000	Gesù Cristo e l'unicità della mediazione	(coautor)
57	2000	Gesù Cristo, speranza del mondo	Miscelánea en honor de Marcello Bordoni

58	2000	<p>La Vierge dans la catéchèse, hier et aujourd'hui</p>	<p>Comunicaciones presentadas en la 55ª Sesión de la Sociedad francesa de estudios marianos, Santuario Nuestra Señora de la Salette, 1999 (coautor)</p>
59	2000	<p>Maria e la Trinità</p>	<p>Espiritualidad mariana y existencia cristiana</p>
60	2000	<p>Maria nella catechesi ieri e oggi</p>	<p>Una mirada histórica sintética</p>
61	2001	<p>Crescere nella grazia e nella conoscenza di Gesù</p>	
62	2002	<p>Dichiarazione "Dominus Iesus" (6 agosto 2000)</p>	<p>Estudios (coautor)</p>
63	2003	<p>Maria Madre della speranza</p>	<p>Por una inculturación de la esperanza y de la misericordia. [Parte componente de monografía]</p>

64	2005	La Madre del Dio vivo a servizio della vita	Actas del 12º Coloquio internacional de mariología, Santuario del Colle, Lenola (Latina), 30 de mayo – 1 de junio de 2002 (coautor)
65	2005	Lo sguardo di Maria sul mondo contemporaneo	Actas del XVII Coloquio internacional de mariología, Rovigo, 10-12 de septiembre de 2004
66	2005	Maria, sintesi di valori	Historia cultural de la mariología (coautor)
67	2007	Sui sentieri di Clotilde Micheli fondatrice delle Suore degli Angeli adoratrici della SS. Trinità	Espiritualidad y promoción humana (coautor)
68	2007	<u>San Francesco Antonio Fasani apostolo francescano e culture dell'Immacolata</u>	

69	2007	Il vescovo maestro della fede	Desafíos contemporáneos al magisterio de la verdad
70	2008	<u>Gesù, identità del cristianesimo Conoscenza ed esperienza</u>	
71	2008	La <i>Dominus Iesus</i> e le religioni	
72	2009	Catholicism and secularism in contemporary Europe	
73	2009	<u>Futuro presente Contributi sull'enciclica "Spe salvi" di Benedetto XVI</u>	(coautor)
74	2009	La santità dei papi e di Benedetto XIII	
75	2009	Maria di Nazaret. Discepola e testimone della parola	
76	2009	Reflexiones sobre la cristología contemporánea	

77	2010	<u>I santi nella Chiesa</u>	
78	2010	Il celibato di Cristo nelle trattazioni cristologiche contemporanee	Reseña crítico-sistemática
79	2010	<u>Il celibato di Gesù</u>	
80	2010	<u>Il santo di Dio. Cristologia e santità</u>	
81	2011	<u>Dialogo interreligioso Significato e valore</u>	
82	2011	<u>I santi si specchiano in Cristo</u>	
83	2011	Istruzione "Sanctorum mater"	Presentación
84	2011	Le cause dei santi	Subsidio para el "Studium"
85	2011	<u>Maria la Theotokos. Conoscenza ed esperienza</u>	

86	2012	<u>I santi testimoni della fede</u>	
87	2012	<u>Santa Ildegarda di Bingen</u>	
88	2012	<u>Santi e beati. Come procede la Chiesa</u>	
89	2012	Testi mariani del secondo millennio	(coautor)

90	2013	<p style="text-align: center;"><u>I</u> santi evangelizzano</p>	<p>Contribución en el Sínodo de los Obispos de octubre de 2012, que documenta la naturaleza evangelizadora indispensable de los Santos, que gracias a su ejemplar conducta cristiana, nutrida de fe, esperanza y caridad, se convierten así en puntos de referencia para la Iglesia Católica y para los fieles de todo el mundo y todas las culturas, orientándolos hacia una vida de santidad. El volumen se divide en dos partes: en la primera se encuentran las reflexiones doctrinales sobre el concepto de Santidad y sobre las causas de los Santos, la segunda parte recoge en cambio homilías, cartas y relaciones, realizadas a lo largo de 2012, que describen la vida y la obra de Santos, Beatos, Venerables y Siervos de Dios.</p>
----	------	---	--

91	2013	<u>Il Paradiso: di che si tratta?</u>	
92	2014	Accanto a Giovanni Paolo II	Los amigos y colaboradores cuentan (coautor)
93	2014	<u>I santi profeti di speranza</u>	
94	2014	<u>La Santissima Eucaristia nella fede e nel diritto della Chiesa</u>	(coautor)
95	2014	<u>San Pietro Favre</u>	
96	2014	<u>Sant'Angela da Foligno</u>	
97	2015	I santi: apostoli di Cristo risorto	
98	2015	<u>Gregorio di Narek. Dottore della Chiesa</u>	

99	2015	<u>Beato Oscar Romero</u>	
100	2015	<u>Santa Maria dell'incarnazione</u>	
101	2015	<u>San Joseph Vaz</u>	
102	2015	<u>I Santi apostoli di Cristo risorto</u>	
103	2016	<u>I santi: messaggeri di misericordia</u>	
104	2016	Misericordiosi come il Padre	Experiencias de misericordia en el vivido de santidad

105	2017	<p style="text-align: center;"><u>I santi, ministri della carità</u></p>	<p>Contiene consideraciones sobre la caridad y una galería de hombres y mujeres (santos, beatos, venerables y siervos de Dios) ejemplares por el ejercicio heroico de esta energía divina que es la caridad</p>
106	2017	<p style="text-align: center;">Il messaggio di Fatima tra carisma e profezia</p>	<p>Actas del Foro Internacional de Mariología (Roma 7-9 de mayo de 2015)</p>
107	2018	<p style="text-align: center;"><u>I santi e la Madre di Dio</u></p>	
108	2019	<p style="text-align: center;">Perseguitati per la fede</p>	<p>Las víctimas del nacionalsocialismo en Europa centro-oriental</p>

109	2019	<i>Sufficit gratia mea"</i>	Miscelánea de estudios ofrecidos a Su Em. el Card. Angelo Amato con ocasión de su 80º cumpleaños
110	2019	<u>Un'inedita Sicilia. Eventi e personaggi da riscoprire</u>	
111	2020	<u>Il segreto di Tiffany Grant</u>	
112	2021	<i>Iesus Christus heri et hodie, ipse et in saecula</i>	Recopilación de contribuciones promovida por la Pontificia Universidad Salesiana para el Card. Angelo Amato, con ocasión de sus 80º cumpleaños
113	2021	<u>Dici l'anticu... La cultura popolare nel paese del Gattopardo. Proverbi di Palma di Montechiaro</u>	
114	2023	<u>Una Sicilia ancora da scoprire. Eventi e personaggi inediti</u>	